



Este artículo es una publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía
Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

www.viva.org.co

Un país anoréxico

Gabriel Bustamante Peña
Asesor Corporación Viva La Ciudadanía

A Colombia la explica mejor un psiquiatra que un politólogo o un economista, ya que, debemos tener un problema mental grave para que mientras la mayoría agoniza de desnutrición, el país se crea opulento. Una anorexia nerviosa sólo calmada con dosis televisivas de falsa seguridad, que explica por qué, bajo la crisis financiera, los burócratas se ufanan porque la economía está bien mientras millones de colombianos han caído en la miseria y la pobreza extrema; el 10% de la población se han convertido en desplazados por la violencia y los suicidios por deudas comienzan a tener un ascenso preocupante. Pero la crisis social y humanitaria jamás es presentada en la pantalla y mucho menos será causal para que el Presidente decrete un estado de emergencia.

La imagen distorsionada del país que se nos presenta muestra como gran logro que el sector bancario reporte ganancias billonarias, pero esconde los desalojos de miles de familias que fueron lanzadas a la calle en los últimos seis años; muestra la pujante inversión privada en nuestro territorio, pero oculta la violencia con que ésta se impone sobre las comunidades negras e indígenas; nos vende a Colombia como una potencia agro-exportadora pero encubre la tragedia de un campesinado obligado al desarraigo, con hambre y acorralado por la violencia guerrillera, paramilitar y del Estado; nos enseña con orgullo las utilidades de las grandes empresas, pero calla que sus pocos dueños se han hecho multimillonarios con la explotación miserable de miles de colombianos (ante la anulación de los derechos y garantías laborales) y los subsidios, exenciones tributarias y ventajas otorgadas por el Gobierno; nos presenta un Mandatario que no hace sino trabajar, trabajar y trabajar, pero lo que no nos dice es ¿para quién trabaja el Presidente?.

Esa percepción distorsionada y delirante de nuestra dura realidad nos hace vernos gordos y suntuosos, viajando por las carreteras hacia fincas que no tenemos y en carros cada vez más difíciles de mantener por el precio absurdo de la gasolina y los asaltos a los que nos someten los concesionarios de los peajes. Saludamos hinchados de patriotismo a los héroes, que en Colombia si existen, y excusamos los falsos positivos, las capturas masivas de inocentes y la tragedia de los desaparecidos con tal de que nos vigilen la vía a Cartagena, y al llegar a la heroica es tal nuestra patología, que no nos damos cuenta que la ciudad ha sido

adecuada para los dólares y para los euros y lejos del alcance de un salario mínimo colombiano pagado en devaluados pesos.

Casi el 7% de nuestro PIB (Producto Interno Bruto) se invierte en seguridad, no de la gente pobre sino de los grandes empresarios, de las vías por donde transportan sus mercancías y de sus enclaves económicos; cerca del 4% del PIB entrega el Gobierno Nacional en subsidios, exenciones, tratos preferenciales y deducciones a las personas más ricas del país, entre ellas los banqueros, el grupo Santodomingo o el grupo Ardilla Lülle. Éste último, por ejemplo, recibe cerca de 80 millones de dólares al año por cuenta de subsidios para la producción de etanol.

Tanto la millonaria inversión en seguridad para los empresarios, como los costosos subsidios que gozan con plata de nuestros impuestos tienen una sólo justificación por parte del Gobierno, la creación de fuentes de trabajo. Sin embargo, tras triplicar las fortunas de los grandes capitalistas -gracias a los favores de este Gobierno- hoy somos el país de América Latina con mayor desempleo, con condiciones más humillantes de subempleo y con una pauperización social que raya con las ganancias de las familias consentidas del sistema, que se ufanan de estar entre las más ricas del mundo.

Y es que la anorexia colombiana nos está llevando a un Estado terminal, seguimos obsesionados en dietas drásticas de derechos y garantías, en recortes de recursos vitales para la salud o la educación; y ahora, para completar el cuadro patológico, nuestro Gobierno nos dice que debemos dejar de sembrar comida porque Colombia será potencia exportadora de agro-combustibles. Y por esta vía, el camino a la inanición de millones de colombianos sin posibilidad alguna de adquirir alimentos importados será el resultado de nuestra trágica anorexia.